

LUCIO LEVI

La Teoría de la Paz Democrática sostiene que las democracias no hacen la guerra entre sí. Dos falsas afirmaciones se derivan de esta teoría.

La primera es que la propagación de la democracia a todos los estados sería de por sí suficiente para lograr la paz universal. La segunda, es que la extensión de la democracia debería ser la primera prioridad de la política exterior de todos Estados democráticos. Estos planteamientos pasan por alto el hecho de que las condiciones históricas pueden favorecer o dificultar el éxito de la democracia y su estabilización. Tal y como afirma James Madison en la Convención de Filadelfia de 1787, “Los medios de defensa contra el peligro externo han sido siempre los instrumentos de la tiranía en la patria”. Esta regla de la política explica, no sólo la erosión de la libertad en los EE.UU. después del 11/S, sino también el colapso de las instituciones democráticas en Italia, Alemania y España, entre las guerras

¿Sobrevivirá la democracia en la era globalizada?

mundiales, y, más generalmente, la degeneración autoritaria de los regímenes políticos causada por la presión política y militar que experimentaron en sus fronteras. La lección que podemos extraer de la experiencia histórica es que la paz o, al menos, la distensión internacional, es el principal requisito de la democracia.

Una lección más reciente puede extraerse del fracaso de la doctrina estadounidense de la exportación de la democracia a Oriente Medio, así como de la experiencia de Estados fallidos como Irak, Afganistán, Líbano y los territorios palestinos. Los esfuerzos por establecer la democracia en esta región han sido frustrados a causa del clima de inseguridad, violencia y corrupción imperante en esos países, que ulteriormente empeoró tras la intervención militar estadounidense. Esta experiencia demuestra que, a fin de allanar el camino a la democracia, existe otro requisito necesario, a saber, un gobierno estable que asegure el Estado de Derecho. Además, por lamentable que sea para

el idealista, para hacer que funcione una sociedad democrática se necesita cubrir una serie de condiciones materiales, por ejemplo, la erradicación de la pobreza, las enfermedades y el analfabetismo. Estas condiciones permitirían al pueblo devenir como un actor racional e intelectualmente conciente en los procesos de toma de decisiones políticas.

La democracia en el mundo

Y, sin embargo, a pesar de estos obstáculos en el camino hacia una democracia plena, las últimas décadas han visto un notable progreso de la democracia en el mundo desde la revolución portuguesa en 1974. Se ha propagado al Sur y al este de Europa, en la ex-Unión Soviética, en Asia y en América Latina. Por primera vez en la historia de las Naciones Unidas una mayoría de los gobiernos de los Estados miembros han sido elegidos a través de procedimientos democráticos. Según el último

LUCIO LEVI

informe de la Freedom House (enero 2008), en el mundo hay 121 democracias electorales. Entre éstas, 90 son democracias liberales (en las cuales los derechos humanos están garantizados). Aparte, 60 países son parcialmente libres y sólo 43 no lo son. Este extraordinario progreso de la democracia depende en gran medida de dos procesos paralelos: el efecto de la globalización y el fin de la Guerra Fría.

No obstante, debemos reconocer que la democracia nunca ha mostrado tales signos preocupantes de debilidad como en la actualidad. A nivel mundial existe una creciente división entre el mercado y la sociedad civil, que a su vez han adquirido una dimensión global, y la política, que en cambio se mantiene substancialmente dentro del ámbito de sus fronteras nacionales. Consecuentemente, las decisiones de las que depende el destino de los pueblos, como las de seguridad, el gobierno de la economía mundial, la justicia internacional o la protección del medio ambiente, tienden a desplazarse fuera del control de las instituciones representativas.

La democratización de las relaciones internacionales

Existe una sensación, ampliamente compartida entre los ciudadanos, de que las decisiones más importantes han sido transferidas desde las instituciones que están bajo su control, hacia los centros de poder internacional libres de toda forma de supervisión democrática. Así pues, la globalización trae consigo la crisis de la democracia. En realidad, desde un punto de vista global, las decisiones adoptadas en el plano nacional, donde existen poderes democráticos, son relativamente poco

relevantes. En el plano internacional, en cambio, donde las decisiones más importantes se toman, no hay instituciones democráticas.

El peligro al que nos enfrentamos es el declive de la democracia. Más precisamente, debemos preguntarnos por cuánto tiempo podrá durar la democracia en un mundo en el que los ciudadanos están excluidos de la participación en las de-

cisiones que determinan su destino. La globalización debe ser democratizada antes de que ella destruya del todo a la democracia.

...el peligro al que nos enfrentamos es el declive de la democracia...

Las relaciones internacionales, que continúan siendo la arena de enfrentamiento diplomático y militar entre los Estados así

como del antagonismo entre sus actores no estatales, sólo pueden ser sometidas a un control popular mediante la democracia internacional. El análisis de las estructuras de las organizaciones internacionales pone en evidencia que éstas son máquinas diplomáticas en las cuales los gobiernos persiguen la cooperación. Recientemente, algunas de ellas han sido dotadas de asambleas parlamentarias que representan la respuesta de los Parlamentos nacionales al proceso de globalización, pero también son una admisión de la erosión de su poder. En otras palabras, los Parlamentos intentan trasladar su control al nivel internacional para demostrárselo al resto de gobiernos. La mayor parte de tales asambleas multinacionales están constituidas por parlamentarios nacionales. En cambio, el Parlamento Europeo, que representa la más avanzada de esta categoría de las asambleas internacionales, es elegido directamente.



LUCIO LEVI

El papel del Parlamento Europeo

El Parlamento Europeo es el laboratorio de la democracia internacional. Desde la introducción de elecciones directas ha aumentado sus competencias legislativas y de control de los poderes de la Comisión-esto es, sobre el potencial gobierno europeo. Esto significa que la democratización de la Unión Europea ha sido un poderoso instrumento para consolidar las instituciones europeas. Vale la pena recordar que el dilema que surgió durante el proceso de integración europea, es decir, si concentrarse primero en el fortalecimiento de la Comunidad Europea o si democratizarla antes, se ha resuelto en favor de la segunda opción. La misma hipótesis se pueden formular en lo que respecta al problema de la democratización de las Naciones Unidas.

El proyecto de someter la globalización a un control democrático encuentra una oposición fuertísima no sólo por parte de los Estados con regímenes autoritarios, sino principalmente por parte del gobierno de los Estados Unidos, el cual no está dispuesto a permitir que su libertad de acción sea reducida ni por las organizaciones internacionales de las que forma parte, ni por movimientos de la sociedad civil global. Este es un ejemplo más de la premisa según la cual, para ser un promotor de la democracia internacional, no basta tener un régimen democrático-es una condición necesaria, pero insuficiente. Para superar la oposición de los EE.UU., debe surgir un centro de poder capaz de sostener el proyecto de un orden democrático mundial. Es razonable pensar que Europa pueda desempeñar ese papel. Por ejemplo, el Parlamento Europeo apoya el proyecto de una Asamblea Parlamentaria en la ONU.

La importancia de la unificación europea radica en superar el Estado-nación, una forma de organización política que se desarrolla por la fuerza hacia los otros estados. Es por lo tanto bastante sensato asumir que la UE no tiene ambiciones hegemónicas, ni cualquier futura Federación Europea. A pesar de que la UE aspire a la independencia en sus relaciones con los EE.UU., su objetivo no debería ser sustituir a los EE.UU. en el rol de estabilizador del orden mundial. Europa debería

perseguir más bien una política de cooperación con los EE.UU. bajo la visión de una gestión conjunta del orden mundial, abierto a la participación de otras agrupaciones regionales de Estados.

Por otra parte, Europa tendrá suficiente poder para aliviar a los Estados Unidos de algunas de sus más abrumadoras responsabilidades mundiales y así tendrá, por tanto, la autoridad para persuadirle para apoyar la reforma democrática de la ONU.

LUCIO LEVI

ARTÍCULO ORIGINALMENTE PUBLICADO POR EFORS.COM

FOTO: EVERYSTOCKPHOTO.COM - INYUCHO



*Will Democracy Survive in
the Globalized Era?*

Crisis? In change we trust

La seguridad del s. XXI:
**McGyver
vs. Goliat**

"La qüestió
primordial no
és encertar
que pot
succeir, si no
considerar les
alternatives..."

Jordi Serra

Ilustración: Fernando Alcázar Zambrano

